

con los emigrados. Aquellos infelices, echábanse unos á otros la terrible pelota de sus respectivas responsabilidades. El Rey gritaba que los príncipes le llevarían al cadalso; la Reina pedía el Congreso armado de los Reyes, sin apreciar todos sus inconvenientes; la princesa Isabel declaraba sus hermanos de dentro reyes dimisionarios al aceptar su Constitución y reyes verdaderos los hermanos de fuera, mantenedores del pabellón real; hasta la princesa niña, infanta de doce años, leía consultas políticas; el Delfín, muy asustado, á gritos lloraba en cualquier evento; componiendo todos una familia tal que faltaban medios al hogar, parejo con un infierno, por sus discordias, de restañar en secreto y en privado las heridas abiertas por los contrarios en público á cuantos lo habitaban entonces. Con estas transcendentales causas de disgustos uníanse otras á que nosotros los plebeyos denominamos segundas en nuestra educación y los reyes creen primeras en sus tradiciones. Había que poner por mandato del Congreso á la Reina una casa, ó una servidumbre, como quiera entenderse, constitucional. Una servidumbre constitucional era como un clero civil. No se infería menor desacato á las instituciones con los gentiles-hombres burgueses que con los curas juramentados. ¡Tratar ella, hija de María Teresa, con la mujer de Pétion! Imposible. Antes la muerte. Hablaban dos lenguas ininteligibles entre sí; tenían dos educaciones contradictorias; y manchado el santuario de la Monarquía por semejantes villanos, cuando volviesen los buenos tiempos, cuando la Inquisición se restableciera en su altar y el absolutismo en su trono, ¡ah! ciertamente ningún heredero de las cruzadas querría volver al sitio profanado y conspuído por los descendientes de la canalla. Corría prisa, pues, la reacción. El Palacio tenía sus embajadores privados, amén de los embajadores solemnes y oficiales. Había embajadores del Rey constitucional, embajadores de María Antonieta. El conde Segur no quiso continuar representando á Francia en Petersburgo, después de haber visto que si él era un embajador oficial, Breteuil, amigo y cortesano de Luis XVI, era el embajador verdadero. ¿Qué más? Hubo embajadoras. Así madame la princesa Lamballe fué á Londres en representación de la Reina. Esta no aborreció á ningún político en el mundo como á Pitt. Y por lo mismo, al verse perdida, le tuvo grande miedo. Dábale frío su nombre, si lo leía en algún periódico, si lo escuchaba de algún labio. Espeluznábale á sus sílabas y sentía escalofríos como de agonía ó de muerte. La princesa, muy aristócrata, de sangre casi real, con suma prestancia, siquier con escaso talento, parecía pintiparada, en estas horas supremas, á comprometer al gran ministro de la Monarquía británica en el necesario salvamento de la casa real francesa, pues una República de París fácilmente podría contagiar á Londres. Pitt recibió con caballerosidad y gentileza la gentil mensajera; la miró con encanto y la escuchó con embobo; tomó todas las precauciones que toman para cubrir sus píldoras con talco aquellos que poseen el arte de dorar las implacables negativas; pero, al ver bajo sus plantas la Reina, principal autora de los desastres ingleses allende los mares, en tan grande humillación y en baja tanta, saboreó

el placer de los dioses, y prometió hacer lo posible para redimir la monarquía francesa; pero nada dijo de salvar á los Monarcas.

Mientras esto sucedía, el Congreso Constituyente acababa. La fecha de su voluntaria disolución, 39 de Septiembre, año 1791, permanecerá en la memoria humana entre las más gloriosas fechas de sus largos anales. Quizás no hay Asamblea, sobre la cual se hayan más anatemas lanzado y que los haya menos merecido; al contrario, un laurel de inmortalidad brotará sobre su tumba, extendiendo impercedera sombra en las sienas de cuantos la compusieron y honraron. Estruendosa es la tempestad, asesino el rayo, pavoroso el trueno, deslumbrador el relámpago, una calamidad terrible mientras dura, que agita los nervios y aterra los ánimos; pero ved sus efectos, después de haber pasado: el suelo húmedo, el aire puro, vívidos los resplandores del día, despejado el horizonte y de una transparencia increíble, las flores garridas, la aves canoras, la savia redoblada, intensa la vida; y decidme cuántos motivos hay para loar aquel fuego celeste que os aterrara, y bendecirlo como si fuera una directa emanación de Dios. La reacción de todo lo ideal contra todo lo real; el disgusto de lo presente, á cuya virtud creemos que cualquier pasado tiempo fué mejor y será mejor también cualquier venidero tiempo; la prueba diaria recibida por los hechos de las impurezas connaturales á toda vida y con toda vida coexistentes; los innumerables abusos que han maleado las costumbres en el régimen parlamentario; la existencia misma de tal perdurable sistema traen terrible descrédito sobre los Parlamentos, á pesar de que ninguno, entre los condensadores de las ideas humanas, se le acerca en beneficios; y no existe libertad posible ni orden regular sino allí donde los Parlamentos reinan, legislando dentro de sus atribuciones propias y esclareciendo con el resplandor de su palabra y con la sabiduría de su consejo el espíritu general y todos los poderes públicos. Maestros de filosofía y literatura; creyendo dirigir los hechos con el imperio y el desembarazo, con que se dirigen las ideas, acostumbrados á teorizar y exponer fórmulas abstractas; como el algebrista sus letras combinadas, en la pizarra de sus entendimientos dados al culto de las abstracciones, abominan del Congreso Constituyente francés, por la incoherencia de sus propósitos y proyectos, por los atropellos de sus resoluciones, por la falta de lógica en su sistema político semejante al caos, por su triste sumisión al influjo todopoderoso de las tribunas, por el calor de las discusiones, por la contradicción de los acuerdos, como si fueran los diputados números de Pitágoras y entelequias de Aristóteles, nacidos á lo Minerva de la cabeza de cualquier Júpiter metafísico, dotados del don de los milagros y aptos para cambiar y remover el mundo al *Fiat* salido de sus labios, como si tan de grado el barro de la materia ó de la sociedad, que da lo mismo, se sujetase á los decretos del espíritu. Que hicieron una obra de difícil aplicación, cierto. No llegaban en tiempo de armonía, llegaban en tiempo de combate. No crearan el estado mental donde se inspiraron, recibieronlo formado por el transcurso de todas las pasadas edades y por el

movimiento de todas las humanas ideas. Para destruir el régimen absoluto antiguo tuvieron que oponerle sin remedio la nación soberana. Sucedió en este tiempo lo mismo que sucedía en el término y fin de los tiempos medioevales: no dejándose gobernar los pueblos, sino por medio del delegado de Dios, y á nombre de Dios, por el derecho divino, pasaba al derecho divino, fórmula de semejante estado mental, desde la frente del Pontífice, como corona delegable, á la frente del Rey. La ciencia llegó desde el derecho divino de los antiguos juriscultores ó de las romanas Universidades al derecho humano de los filósofos modernos y de la moderna filosofía. El sistema ó idea de que las naciones existen por sí, en sí, oponiase al sistema ó idea de que la realeza existe por sí ó en sí, como algo anterior y superior á la sociedad misma. El Rey había heredado este último, y lo encarnaba en su persona, representante de los muertos, con quienes vivimos por el recuerdo; la inmortal Asamblea por su parte representaba ó encarnaba el sistema opuesto, el sistema nacido del desarrollo de la ciencia cada día más racional, del desarrollo de la religión cada día más tolerante, del desarrollo de la idea del derecho cada día más humano, del desarrollo de la sociedad cada día con mayor confianza en que llevaba su dirección propia y su gobierno natural dentro de sí, como dentro de los cuerpos está el cerebro y dentro de los espíritus la conciencia, y no dentro de instituciones juzgadas celestiales y puestas en cielos altísimos, que genera y no recibe la sociedad misma; y así mientras la idea del Rey, miraba siempre lo pasado, sin acordarse de lo presente, y menos de lo porvenir, la idea del Congreso miraba siempre á lo porvenir, sin acordarse para nada de lo presente, y menos de lo pasado. por cuya razón las generaciones vivas entonces quedaron aplastadas entre tan grandes contrarias moles chocando entre sí pues ambas se curaban de los tiempos pretéritos y de los tiempos futuros, sin circunspección de ningún género, con la implacable indiferencia de los llamados á levantar y sostener obras eternas.

Muchas y muy gloriosas Asambleas ha tenido el mundo. Atenas y Roma no brillaron, sino mientras la elocuencia brilló en ellas; el pueblo germánico mereció, magüer bárbaro, heredar el mundo antiguo, porque callaban los senadores romanos, y en el campo de las floridas mayas alemanas se oía resonar, sobre los cuchillos y los escudos, la palabra; no fuera, no, religión de religiones el Cristianismo, sino presentase aquellos Concilios, que difundieran desde la unidad del hombre hasta la divinidad del Verbo en la conciencia universal; más que por sus ejércitos, por sus oradores, hánse immortalizado en el mundo las gentes galas, afluentísimas; el protestantismo se hubiera trocado en desarrollo natural del Catolicismo, si el Pontificado se le ocurre oír la voz de los grandes pensadores eclesiásticos reunidos en Basilea y en Constanza; por una dieta se afirmó el dogma de los pueblos alemanes y sajones, por la dieta de Ausburgo, y por una gran Asamblea, el dogma de los pueblos latinos, por el Concilio de Trento; más hermoso que aquel espacio de la Señoría en Florencia, el recuerdo eternal de los comicios celebrados entre tantas obras de

arte; mayor Venecia, como Inglaterra, que por su navegación y por su trabajo por su Parlamento; imperecedera la memoria del siglo décimo-nono español por su tribuna; mas, entre tales grandezas, levántanse aquellos representantes de los Estados Generales, que se truecan, desde simples consultores, en diputados soberanos; que cierran la edad del absolutismo y abren la edad del derecho; que arrancan al brazo del siervo la marca infame de esclavo servil; que reconocen el fondo común religioso en las diferencias de cultos; que á la idea le quitan su mordaza, el censor; que para siempre apagan la hoguera de los sacrificios, donde ardiera la sangre nuestra, extinguiendo las llamas voraces del tribunal de la Inquisición; que hicieron á todos libres, á todos iguales, á todos hermanos, al aplicar los axiomas del divino Evangelio con los pensamientos del humano saber, á la sociedad y á la vida. Tras todo esto, decid que Mirabeau se vendía, que Robespierre conspiraba, que las sesiones eran tumultuosas, y los oradores gárrulos, y el público insolente, y la Constitución disparatada, y el Rey esclavo, y el pueblo anárquico, ignorando cómo empieza toda la creación por el caos, y no podía exentarse de tal período la creación revolucionaria. Cuando Taine se pone, como Buffon, sus vuelillos de catedrático, ase con sus dedos sin mancha su muy académica pluma de gran escritor, y, dentro de su biblioteca, sin polvo y sin ruido, colocados los pies sobre un calentador, y los ojos en volúmenes encuadernados perfectamente, analiza el Código de la grande Asamblea, exigiéndole una distribución de poderes á lo Spencer y sus sociologías, aparéceme como un fisiólogo fantaseador, pidiendo al feto en su período claustral aquellas armonías de huesos, y aquellas distribuciones de humores que sólo pueden dar el desarrollo natural de los seres y el tiempo creador de las cosas al aire libre y á la luz vivificadora. Yo lo declaro; yo no puedo pasar los ojos por la Asamblea de Versalles en 1789, y por la Asamblea de Cádiz en 1812, no, sin experimentar el escalofrío producido en el contacto de la red nerviosa nuestra con lo sublime y con lo sobrehumano. El mundo francés y el mundo español, que fueron antes de tales Asambleas, se diferencian tanto del mundo español y del mundo francés, que serán después de tales Asambleas, como se diferencia el mundo antiguo, que cae antes de la Cruz, del mundo cristiano, que cae después de la Cruz. Quienes abolieron la horca del señorial castillo, la monarquía del abominable absolutismo, la Inquisición del clero teocrático, la servidumbre del campesino, la esclavitud del negro, la barca del negrero, bien merecerán que lo porvenir les erija templos y les presente altares, como las mitologías clásicas á sus bienhechores semidioses.

Mientras la Constitución acababa, nacía la legislativa en aquel célebre minuto histórico. A pesar de su épico grandor no pueden desconocerse y ocultarse los errores de la primer Asamblea, por lo mucho que influyeron en el destino y suerte de la segunda. Como los constituyentes impidieron la indispensable concordia entre el poder legislativo y el poder ejecutivo, prohibiendo hacer á los diputados ministros, cortaron el necesario lazo en-

tre los tiempos también y huyeron de su propia experiencia, prohibiendo su reelección. Toda política pide ciencia y arte, idealidad y vida, espíritu y organización, conciencia y experiencia. Imposible trajeran este último tesoro los diputados segundos, sino en unión ó compañía con los primeros. Así venían aquéllos, con raras excepciones, jóvenes todos, desconocidos, inexpertos. Avanzábase, pues, un gran misterio. El pueblo, como si adivinase que dentro de tal misterio latían daños y peligros nuevos, consagró á los predilectos suyos, á Robespierre y Pétion, el día de su partida, un verdadero triunfo, colmándolos de aplausos y siguiéndoles hasta sus domicilios en cívicas procesiones. El misterio espesábase tanto, que sólo por la elección de París hubo algún interés y sólo á los candidatos de París se agarraba la general atención. Bien es cierto que las agitaciones parisienses suplieron á todas las demás. Cada candidato fué sometido á un análisis, pero á un análisis quirúrgico. El mundo libelo escudriñó la vida privada y extrájola con escándalo al público, dañosísima cosa, como si pusieran las entrañas al aire. Quien más padeció en este apurado examen de las reputaciones, fué Brissot. Iniciador en los franceses de la República, no querían perdonárselo de ningún modo los constitucionales, por creer mortal de necesidad para la nación todo ataque á la monarquía; tampoco los jacobinos, por creer prematura é importunísima tal iniciación. Redactor de la fórmula manchada con sangre popular que reclamaba el destronamiento de la dinastía borbónica, tampoco le perdonaron los monárquicos que la redactara con su pluma en los clubs; ni los republicanos, que no la sostuviera con su fusil en los combates. Llegaba, pues, con mala estrella el cuitado á los comicios y entraba en la legislativa con mal pie. Escritor aventurero y pagado, parecía un político pagado y aventurero también. Imposible borrar en las sospechas del susceptible Robespierre, la nota indeleble de policiaco y esbirro, impresa con implacable crueldad sobre su nombre. Y no había tal. Nacido en la miseria, no sintió escrúpulo al granjearse la prosperidad y creyó poder subrogar todos los deberes morales al deber capital de conservar y prosperar su vida. Y como era un merodeador en los campos de la sociedad, era en el estadio de los políticos un intrigante, intrigas fáciles á quien tenía como él perseverancia en sus propósitos y amor al trabajo. La iniciación de los revolucionarios en la República, no había nacido de sus ambiciones, había nacido de su filosofía. El estado mental de los franceses componíanlo en tal hora un destructor y un reconstructor. El destructor, se llamaba Voltaire y el reconstructor se llamaba Rousseau. Y mientras aquel dejaba entre las ruinas amontonadas por su ironía, los Reyes en pie; sustituía éste lo ruinoso por una república donde pudiera ejercer el pueblo autoridad tan absoluta y omnimoda, como la ejercida por el Rey antes. Así la divisa de Brissot en el fondo, era la divisa de Rousseau. «Pueblo y Dios.» Durante mucho tiempo, estuvo escribiendo á destajo y por paga. Lo mismo escribía una memoria para los ministros, que un discurso para los clubistas, ó que un sermón para los curas, así juramentados como no juramentados. También le sol-

taban como un perro perdiguero á cazar libelitas. Y aun cazándolos escribió libelos, perro convertido en liebre. Libelo y libelistas lo mancharon. Y estas manchas, más ó menos ocultas por las excitaciones hacia el ideal preferido y más ó menos olvidadas al influjo de grandes virtudes domésticas, resaltaron sobre su piel en aquella porfía por la palma electoral. Moderadísimo y republicano, los constitucionales detestaban en él su República; los jacobinos su moderación. Así para impedirle que penetrara en el santuario de las leyes como se llama onfáticamente á la Representación Nacional, dijéronle que había ocultado el nombre de sus padres; vendido al primer postor, pluma y palabra; estafado á muchos amigos; puesto su apellido propio bajo la máscara de otros apellidos ilustres; publicado libelos á sueldo; servido al orleanismo enredado en los clubs; apercibido manifestaciones facciosas con arte maquiavélico, y hurtado el cuerpo á los peligros. De todo esto mucho podía ser verdad; pero en aquel periódico crítico, preparador de una evolución republicana, los electores le perdonaban los pecados y los yerros, en recuerdo y agradecimiento de haber impreso la palabra República en la prensa por vez primera con encomio. No le preguntaréis al rocío de la mañana, trémulo en las puntas de los árboles, cómo ha venido, y de dónde se ha evaporado; quizás lo exhaló el cieno de un lodazal; pero soléis bendecirlo, porque rífrigeró la vegetación y brilla con el día.

No menos discutible, mas en otro sentido, Condorcet. Tan sabio como el mayor de los sabios, carecía del hermoso estilo y de la inspirada elocuencia connaturales al genio creador, para quien se guarda y se decreta el imperecedero laurel de la verdadera gloria. Racionalista de los pies á la cabeza, creía el criterio humano infalible y adoraba de hinojos la razón. Era el precursor de la escuela positivista en cuanto se lo permitía la educación metafísica, tan en boga entonces. No deseaba saber si había Dios, ni dónde se hallaba; si había leyes providenciales ó simples leyes mecánicas; si el motor de nuestros actos y el receptáculo de nuestras ideas es un espíritu ó es un organismo; le bastaba con hacer constar el movimiento universal, y que al impulso de este movimiento universal todo nacía bueno y todo se transformaba en ascensiones continuas hasta la perfección. Era más bien un pensador que un estadista. Y como pensador imaginaba de una mágica virtud el pensamiento y de una fácil aplicación la filosofía. Sin embargo, este pensador, que rompía como cadenas inútiles todas las restricciones puestas por el espacio y por el tiempo al pensamiento, que comulgaba y convivía con los mayores idealistas en el altar de los puros ideales; que se anticipaba con sus oraciones á lo presente; que creía realizable con la mayor facilidad el sistema de su filosofía pura; iba siguiendo los acontecimientos, en vez de prepararlos, y amoldaba su alma soñadora sin crepúsculo al molde que le ofrecía la borrascosa realidad; por lo cual fué un realista convencido mientras duró la sabia evolución de Turgot; un verdadero constitucional mientras duró el pacto entre la monarquía y la democracia; un republicano más ó menos fervoroso, así como un revo-